

Homilía de la Vigilia Pascual del 19/04/2025

P. Néstor Alberto Briceño Lugo

Párroco de La Transfiguración del Señor

Arquidiócesis de Caracas

Queridos hermanos,

Debido a la solemnidad que nos convoca esta noche, he querido escribir esta homilía, de manera tal que en la reflexión no pierda ideas que, de forma sintética, deseo presentarles.

Para la preparación de estas líneas, he consultado a los Padres de la Iglesia, especialmente en esta ocasión a San Agustín y San Juan Crisóstomo, quienes en el siglo IV defendieron a la Iglesia y a los cristianos de una manera singular contra tantas herejías que confundían a la gente. Hoy en día, nos ha dicho el Papa Francisco, que dos de estas herejías, el gnosticismo y el pelagianismo, siguen seduciendo a los católicos que buscan la santidad¹.

Si bien el gnosticismo lleva a una visión subjetiva de la fe basada en experiencias personales y conocimientos racionales que producen una cierta paz interior, pero que no incluyen al Resucitado en su compromiso histórico, el pelagianismo, por su parte, que da un poder total a la voluntad humana, también olvida la gracia que nos viene del crucificado que, por el misterio divino, vence a la muerte.

Esta noche, es una noche especial: de vigilia. Es una noche de estar despiertos para contemplar con alegría el misterio de la resurrección. Para los incrédulos, todo pasará igual después de esta noche, pero para nosotros, que estamos velando, sucede, en palabras de San Juan

1 Francisco, *Exhortación Apostólica Gaudete et Exsultate* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2018), 35.

Crisóstomo, un gran milagro: “¡Hoy los hombres se han mezclado con los ángeles, y los que están vestidos del cuerpo cantan himno a la par de las Potestades incorpóreas! ¡Hoy se ha echado por tierra la tiranía del demonio! ¡Hoy se han roto las ataduras de la muerte! ¡Hoy se ha concluido la victoria del infierno!”².

Pero ¿cómo puede afirmar todo esto el santo apodado “boca de oro” cuando aún, en esta historia, pareciera que el mal va venciendo?

Quien descubre esta noche que la muerte ha sido derrotada de una vez por todas, se decide a vivir con la convicción de haber sido reconciliado con el Señor y en su corazón resplandece la luz para iluminar sus propias tinieblas y las del mundo. Es lo que hemos hecho al iniciar esta santa vigilia: contemplar cómo el fuego rompe las tinieblas, cómo la resurrección rompe la muerte, cómo la misericordia de Dios destruye el pecado, cómo en cada uno de nosotros va naciendo el deseo de santidad para participar de la gracia que, en Jesús y el Espíritu Santo, el Padre nos regala.

San Agustín, quien llama a esta noche la *madre de todas las viglias*, afirma que todo el mundo hace vigilia a causa de lo que celebramos:

En esta noche, pues, está en vela todo el mundo, tanto el mundo enemigo como el mundo reconciliado. Está en vela éste, ya liberado, para alabar al médico; está despierto aquél, ya condenado, para blasfemar contra el juez. Está en vela el primero, enfervorizado y resplandeciente en sus mentes piadosas; está despierto el segundo, consumiéndose y rechinando sus dientes. A aquél le impide dormir en esta fiesta la caridad, a éste la maldad; a aquél el vigor cristiano, a éste la envidia diabólica.³

2 San Juan Crisóstomo, *Homilias I* (México: Editorial Tradición, 1976), sermón 22.

3 San Agustín, *Sermones (4º)*, vol. XXIV, en *Obras Completas* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1983), Sermón 220 A.

El santo de Hipona plasma con maestría cómo esta luz de la Resurrección de Cristo ilumina tanto a quienes buscan vivir en la bondad de su gracia como a aquellos que se pierden en los negocios de este mundo que distraen de lo esencial, dando mayor importancia a todo lo que no procede del Padre y empujando a quienes les rodean a someterse a la ambición mundana. Esta última opción, no les permite alcanzar la paz. Por eso, San Agustín, reconociendo que el Señor nos ha hecho transitar por un camino cuaresmal de conversión, nos exhorta en esta noche: “También nosotros lo fuimos en otro tiempo; ahora, en cambio, somos luz en el Señor. Resistamos, por tanto, a los gobernantes de las tinieblas con la luz de las vigiliass”⁴.

Ahora, volvamos a la idea de la celebración: ¡Hoy los hombres se han mezclado con los ángeles -nos dice San Juan Crisóstomo-, y los que están vestidos del cuerpo cantan himno a la par de las Potestades incorpóreas!

Así es, esta noche se unen a una sola voz la Iglesia gloriosa, compuesta por los ángeles y los santos que contemplan a Dios en la eternidad, con la Iglesia purgante, consistente en aquellos que están preparándose para contemplar a Dios, y la Iglesia militante, nosotros que, con cantos, alabanzas y con el sacrificio eucarístico, participamos de la eternidad de Dios.

Es noche de profunda alegría, porque esta noche una gran cantidad de hombres y mujeres recibirán las aguas bautismales y nosotros renovaremos las promesas de nuestro bautismo. “Bajó el Señor de los ángeles a las corrientes del Jordán y habiendo santificado la naturaleza del agua, sanó a todo el orbe”⁵, nos dice Crisóstomo.

4 San Agustín, XXIV, sermón 220 A.

5 San Juan Crisóstomo, *Homilias I*, sermón 22.

Los primeros sanados hemos sido nosotros, los bautizados. Esa salvación que hemos recibido, no la podemos echar en saco roto, sino que es para dejarla actuar en nosotros. Hoy podemos decir que somos hombres y mujeres renovados en nuestro ser cristiano, pues hoy volvemos a la fuente bautismal para que nuestra humanidad frágil se revista de la gracia de Jesucristo.

Pero esta redención no solamente llega a la humanidad, según lo dice Crisóstomo, sino a toda la creación; por lo que se puede vislumbrar la gran responsabilidad que tenemos los bautizados en el cuidado y gestión del mundo.

En este sentido nos dice Agustín: “Cuando vemos el mundo y amamos a Dios es, sin duda, mejor lo que nos permite amar que lo que nos concede el ver. Vemos con los ojos y amamos con el corazón. Antepongamos, pues, el corazón a los ojos...”⁶. Por esto, la creación nos la ha regalado el Señor para que podamos amarle a Él y a nuestros hermanos, para poder ver con el corazón lo que está en el fondo del otro y darle la oportunidad de conversión, así como Dios nos la ha dado a nosotros.

Acoger la gracia del bautismo con sus inmensos dones nos ayuda a dejarnos transformar por el Señor: “¿Has visto la grandeza del don? -dice San Juan Crisóstomo-. ¡Óiganlo ustedes los que en esta noche han sido inscritos como ciudadanos de la celestial Jerusalén! ¡Custodien en una forma digna de su grandeza estos dones, para que alcancen y se atraigan gracia más abundante!”⁷.

Es un gran tesoro el que hoy desenterramos en nuestra existencia, dándole el valor que realmente tiene en nuestra vida: el bautismo es el gran don que nos han regalado para poder encontrar la verdadera vida

6 San Agustín, *Sermones* (4º), XXIV, sermón 223 A.

7 San Juan Crisóstomo, *Homilias I*, sermón 22.

en Cristo y la felicidad que de allí se deriva. Por ello, somos invitados a cuidar toda nuestra vida de fe, permitiendo que la gracia fructifique en cada uno de nosotros.

Por último, les recuerdo que esta noche no solamente resucitamos de manera personal, sino que también resucitamos como un todo, como una Parroquia, como una Diócesis, como la Iglesia Universal. Por esto, nuestra comunidad parroquial está llamada a renovarse continuamente en la gracia del Señor, a esperar en la gracia recibida y a caminar juntos en la transformación del mundo según los deseos del Crucificado que ha Resucitado.

¡Que así sea Señor!